

rella de monjes ó de un tráfico de indulgencias? Voltaire confiaba en que la humanidad llegaría á cansarse de los charlatanes tonsurados que la engañaban. ¡Qué diría si le fuese dable tornar á la vida, despues de un siglo de filosofía, al ver á la Francia interesarse por el jefe de esa milicia! Diría con su maravilloso buen sentido que, al desterrar á Dios de la historia, no ha logrado desterrarle tambien de la conciencia humana; sentiría que Dios vive en nosotros, como nosotros vivimos en él; vería que este dogma no es el retroceso á las antiguas supersticiones de una gracia sobrenatural y de un gobierno milagroso; comprendería que para curar á los hombres del error no hay más que un medio, enseñarles la verdad; ahora bien, ¿es posible la verdad, desterrando á Dios del mundo?

N.º 2.—*Su Majestad el Azar.*—*Federico II.*

Federico, jóven aún, escribía á Voltaire: "El *azar* es una palabra vacía de sentido," (1). Veinte años más tarde le escribió: "Cuanto más se envejece, tanto mayor es el convencimiento de que su sagrada Majestad el Azar realiza las tres cuartas partes del trabajo de este miserable universo," (2). Despues de haber hecho historia sobre los campos de batalla, el héroe de la guerra de los siete años compuso memorias referentes á lo que habia hecho y visto. En medio de la calma del estudio, ¿recobró Federico la convicción de su juventud? "Estas memorias que acabo de terminar, dice, me convencen más y más de que escribir la historia equivale á compilar las necesidades de los hombres y los lances del azar," (3). Á esta desconsoladora doctrina permaneció fiel hasta su muerte. En una de sus últimas obras se lee: "La *suerte* de las cosas humanas estriba en que *pequeños* intereses deciden de *los más grandes negocios*," (4). Federico no creía en el fatalismo, ni admitía, como Voltaire, una justicia de Dios; luego Dios quedaba reducido á una abs-

(1) FEDERICO, *Carta* del 26 de Diciembre de 1737 (*Obras de Federico*, t. XXI, p. 129).

(2) FEDERICO, *Carta* del 12 de Marzo de 1759 (*Obras*, t. XXIII, página 27).

(3) FEDERICO, *Carta* del 7 de Abril de 1765 al mariscal d'Écosse.

(4) FEDERICO, *Memorias de la guerra de 1778* (*Obras*, t. VI, página 152).

traccion. Pero existía para Federico otra divinidad más poderosa: *Su Majestad el Azar*.

Hemos dicho que tal fué siempre la convicción de Federico. Jóven aún, escribió una refutación de *El Príncipe*, de Maquiavelo. El maquiavelismo es la negación de la justicia y del derecho, el ateísmo práctico. Sólo un medio conocemos para combatir esa funesta doctrina, y consiste en dar cabida á Dios en la historia y en la conciencia humana. ¿Procede así Federico? Se complace en demostrar que *pequeñas* causas, verdaderas necedades, deciden del destino humano. Luis XIV se encuentra en el último trance. La Europa coaligada puede, si quiere, imponerle una paz vergonzosa en París; pero cambia súbitamente el ministerio en Inglaterra, y los Ingleses abandonan la coalición: ¿cuál fué la causa de esta revolución política? Federico contesta que "*pequeñas miserias de mujeres* salvaron á Luis XIV, que un par de guantes cambió los destinos de la Europa," (1). Decir que un par de guantes puso término á la larga guerra de Europa contra la ambición de Luis XIV equivale á asegurar que Su Majestad el Azar reina como soberano; y donde él gobierna, ¿caben la moralidad ni la justicia?

La guerra de que Federico fué el héroe afirmó sus convicciones. ¿Quereis saber la causa de esa terrible lucha de siete años? "Todo el mundo sabe, contesta Federico, que la pesca de la merluza, disputada entre Ingleses y Franceses, con alguna tierra inculta del Canadá, han dado lugar á la guerra cruel que aflige al continente," (2). La guerra comenzada sin ton ni són, según Federico, acabó de la misma manera, por uno de esos lances de fortuna que *Su Majestad el Azar* afeciona porque manifiestan su poder. "La Prusia, dice Federico, estaba en el último trance, perdida, en concepto de todos los políticos. Levántase por la muerte de una mujer (la zarina Isabel), y se sostiene por los socorros de la potencia hasta entónces más animada en contra suya (la Rusia). ¡De lo que dependen las cosas humanas! Los *resortes más viles* influyen sobre el destino y el equilibrio de los imperios. Tales son los lances del *azar* que, burlándose de la vana prudencia de los mortales, realiza

(1) FEDERICO, *Refutación del Príncipe*, de Maquiavelo, c. XXV (*Obras*, t. VIII, p. 286 y 287).

(2) FEDERICO, *Apología de mi conducta política*, Julio, 1757 (*Obras*, t. XXVII, parte tercera, p. 279).

las esperanzas de los unos para destruir las de los otros," (1).

Si, hay en la vida de las naciones, como en la de los individuos, hechos que la libertad humana no explica, pero que no por eso dejan de ejercer una influencia decisiva sobre su destino. No siempre son *viles resortes*, como dice Federico; la muerte es un hecho grave que nos sorprende las más veces cuando ménos la esperamos. La muerte de la zarina Isabel salvó al rey de Prusia y á la monarquía prusiana. Hay, pues, hechos que quedan sin explicación dentro del terreno de la prudencia humana. ¿No quiere esto decir que hay, además del hombre, otra causa que influye en la historia? El mismo Federico lo reconoce: "¿No es admirable, exclama, que lo que hay de más refinado en la prudencia humana, unido á la fuerza, resulte juguete de acontecimientos imprevistos ó de lances de fortuna? ¿Y no parece que hay un cierto yo no sé qué que se burla con desprecio de los proyectos de los hombres?" (2). ¿Qué representa este cierto yo no sé qué? Dios no será, en el pensamiento de Federico, porque quien cree en el gobierno de la Providencia no dirá que se burla con desprecio de los proyectos de los hombres: es el grito instintivo de la conciencia, obligada á reconocer la existencia de una causa que para nosotros es misteriosa. Es preciso una extraña ceguedad para no saludar en esta causa desconocida al Dios que la humanidad adora.

Alguna vez pronuncia Federico el nombre de *Providencia*, ó más bien se le escapa, bien á su pesar: "Me abandono, dice, al destino que conduce el mundo á su antojo; los políticos y los guerreros son simples *útiles de la Providencia*. Oramos sin saber lo que hacemos, instrumentos necesarios de una mano invisible, y las más veces el fruto de nuestros desvelos es lo contrario á lo que esperábamos," (3). La *Providencia* sólo figura aquí en el nombre, es un eufemismo que reemplaza *Su Majestad el Azar*. De la fortuna puede decirse que tiene juguetes, pero no se puede decir de Dios sin blasfemar. Si Federico mantiene á Dios al lado del azar, no se sabe bien la causa. Dios es un rey hol-

(1) FEDERICO, *Historia de la guerra de los siete años*, c. XV (*Obras*, t. V, p. 164).

(2) FEDERICO, *Historia de la guerra de los siete años*, capítulo último (*Obras*, t. V, p. 228).

(3) FEDERICO, *Carta á d'Agens*, de 1762 (*Obras*, t. XIX, p. 527).

gazan y el azar su primer ministro; el uno nada hace, el otro lo ejecuta todo. Federico escribía á la duquesa de Sajonia-Gotha: "Nuestras pasiones obran según su carácter, y el *gran Arquitecto* se preocupa de ellas tan poco, como vos de un hormiguero que se encontrara en vuestro jardín... Estoy firmemente persuadido de que el *cielo* no se preocupa de nuestras miserables contiendas," (1).

No preguntaremos á Federico qué significan ese *cielo*, ese *arquitecto* ni esa *providencia*, si no hay alguna relación entre ese sér ó esa causa y el mundo; preguntaremos, sí, qué gana la historia, qué gana la humanidad en que Dios sea destronado por el azar. La historia pierde toda significación moral; el hombre no tiene destino hácia el cual avance progresivamente; el azar excluye toda ley, y, por consiguiente, la del progreso: "Según todas las apariencias, escribe Federico, se razonará cada vez mejor en el mundo, pero la práctica nada ganará por eso," (2). Si la razón no nos sirve para obrar mejor, ¿para qué sirve entónces? ¿Para obrar mal? Esto es caer en la preocupación de los antiguos. Si el mundo marchara de mal en peor, y los crímenes no hicieran más que aumentar, habría que maldecir nuestro destino; por mejor decir, há mucho tiempo que el mundo no existiera. En todo caso, nada más aflictivo, nada más desesperante que el espectáculo de la historia cuando en ella falta Dios, y con él la convicción de un desenvolvimiento progresivo de la humanidad. De Maistre compara el pasado del género humano á un inmenso campo de batalla, encharcado de sangre; y en su concepto, la sangre no cesará nunca de correr. Pero al ménos presta una significación á esa sangre que corre sin tregua: es una expiación. El rey incrédulo está de acuerdo con el escritor ultramontano, salvo que no mantiene ninguna idea moral. Hablando de los males de la guerra, dice Federico que se curan. Pero los pueblos nada ganan: "Otros ambiciosos suscitarán nuevas guerras y causarán nuevos desastres, porque es de naturaleza del espíritu humano que los ejemplos á nadie corrijan; las necedades de los padres serán pérdidas para los hijos; es necesario que cada generación

(1) FEDERICO, *Carta* de 1760 (*Obras*, t. XVIII, p. 188).

(2) FEDERICO, *Carta á Sulmi*, de 1736 (*Obras*, t. XVI, p. 282).

cometa las suyas,, (1). ¿No se diría que la historia realiza las más espantosas ficciones del infierno?

¿Qué impresión dejó á Federico el espectáculo de las cosas humanas? El desprecio de los hombres. Á sus íntimos escribía: "El hombre, á pesar de los filósofos, será siempre el animal más malo del universo. Habrá siempre guerras, como habrá procesos, bancarotas, pestes y temblores de tierra., Concíbese que un rey guerrero no crea en la paz perpetua. Pero ¿no es natural creer, sin ser por ello un soñador, que el imperio de la fuerza brutal va disminuyendo, y que las tendencias pacíficas ganan una influencia cada vez creciente? El hombre no es tan sólo el *animal más malo del universo*, sino también el más estúpido, y una de sus mayores estupideces es la superstición. Federico era libre pensador; ¿cómo no tenía compasión de la pobre especie humana? ¿Cómo no hizo un esfuerzo para libertarla de las humillantes cadenas que los errores religiosos le imponen? Á la duquesa de Sajonia-Gotha escribía: "No hay idea más extravagante que la de querer destruir la superstición. Las preocupaciones son la razón del pueblo; y ¿merece este pueblo imbecil ser ilustrado?,, (2). Á Voltaire escribía: "Más de la mitad de los hombres han sido creados para la esclavitud del fanatismo más absurdo. El vulgo no merece que se le ilustre,, (3). Federico escribió estas desconsoladoras frases algunos años antes de la Revolución. La terrible convulsión de 89 y de 93 inauguró una nueva era. Ya no son los reyes los que presiden al destino de las naciones; ellas mismas se encargan de cumplirlo. La Revolución ha proclamado los derechos del hombre, derechos naturales, porque los ha recibido de la naturaleza, es decir de Dios. Al mismo tiempo, la filosofía ha enseñado que el hombre va cada vez perfeccionándose más. Es decir, que la historia no es la narración de las locuras humanas, sino la manifestación del plan divino que dirige la educación de la humanidad.

N.º 3.—*El Azar destronado.—Kant.*

Se dice que los reyes se van. Su Majestad el Azar ¿no se irá también con tan noble compañía?

(1) FEDERICO, *Historia de la guerra de los siete años*, capítulo último (*Obras*, t. v. p. 233).

(2) FEDERICO, *Obras*, t. XVIII, p. 215.

(3) FEDERICO, *Obras*, t. XXIII, p. 89, 102, 111.

Los pueblos han ocupado el puesto de los reyes, y Dios ha vuelto á subir sobre el trono que le usurpó para la fortuna. Por mejor decir, no ha cesado nunca de reinar, por más que los hombres, en su ceguera, no hayan visto la mano que les guiaba; ¿no será de ello causa el miserable régimen de los príncipes? Donde dominan los intereses y las pasiones de un individuo, las sociedades se empuñan. Tan pronto un favorito como una favorita deciden, en apariencia al menos, del destino de las naciones. De aquí la creencia en que los grandes acontecimientos provienen de pequeñas causas, lo que lleva á glorificar al ciego azar. Donde la gran voz del pueblo se deja oír, desaparecen las pequeñas intrigas de corte; las pasiones subsisten, pero con mayor grandeza; y si extravían á las masas, la inevitable expiación viene á encarrillarlas en la vía del deber, que es también la de la perfección.

Un filósofo alemán, cinco años antes de la Revolución, escribió algunas páginas sobre la filosofía de la historia (1). Kant era digno de tratar este magnífico tema. El estudio de la historia no le había inspirado el desprecio de los hombres; antes confiaba, con todo el siglo XVIII, en que la especie humana iría siempre perfeccionándose, y esta generosa esperanza le hizo concebir la idea de un proyecto de paz perpetua, en medio de los horrores de la Revolución. Su poderosa convicción presta valor subido á los principios que, según él, rigen la historia. Kant principia por destronar al azar. Confiesa que de atenderse sólo al individuo, todo parece confuso é irregular; pero que si se considera la especie, se reconoce en ella un desenvolvimiento continuo de disposiciones originales, y, por consecuencia, una marcha regular de todas las cosas. ¿Hay nada más desordenado, á primera vista, más sometido al azar que el número de los nacimientos, de los matrimonios y de las defunciones? Sin embargo, las tablas levantadas en los países adelantados demuestran que esos hechos obedecen á leyes constantes. Sucede con estas aparentes irregularidades como con las variaciones de la atmósfera: ninguna en particular puede ser prevista de una manera precisa; pero esto no impide que

(1) KANT, *Ideen zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht* (1784). (En las *Obras* de KANT, t. IV, p. 291 y siguientes, edición de Leipzig, 1838).

procuren de una manera regular el sol y la lluvia, el calor y el frío, tan necesarios al crecimiento de las plantas y á toda la economía de la naturaleza.

Hay, pues, leyes constantes en medio de las variaciones infinitas que resultan de nuestros intereses y de nuestras pasiones. Kant no se forja ninguna ilusión sobre los hombres, y reconoce que no siguen un plan razonable. Es imprescindible, dice, cierto disgusto cuando en sus hechos y acciones, expuestos sobre el gran teatro del mundo, sólo se descubre un tejido de necedades, de vanidades pueriles, las más veces de maldades y de ese espíritu de destrucción propio de los chicos. Cuando se admite un juez arbitrario de las pasiones humanas, no se sabe qué idea formar de nuestra especie. Pero ¿no habrá por encima de la movilidad de los intereses individuales una ley de la naturaleza á la que obedezcan los hombres sin saberlo? El hecho que acabamos de recordar prueba que sí. Falta seguir esta ley en la infinita diversidad de los hechos históricos. Kant no acomete una obra para la cual cree que se requiere el genio de un Newton ó de un Kleper, y se limita á proponer algunas ideas, esperando que la naturaleza produzca un hombre capaz de concebir el encadenamiento de los hechos históricos.

Una cosa hay cierta, y es que ya no puede admitirse el azar. Damos este nombre á la ley que ignoramos. Hay un plan oculto de la naturaleza cuya realización la historia nos descubre. Los hombres se imaginan que son juguetes de la ciega fortuna, á causa de que su experiencia, por demasiado corta, no les manifiesta aún algo fijo y regular. Sucede con los acontecimientos históricos lo que con la marcha de los astros: sólo se llega á descubrir las leyes que la rigen mediante observaciones seculares. La dificultad es mayor todavía con relación á los hechos históricos, porque se complica con el libre albedrío, los intereses y las pasiones. Esto explica el por qué de creer en la fatalidad los antiguos. No habían contemplado aún uno de esos inmensos cataclismos que cambian la faz de la humanidad. El cristianismo primero, la invasión de los Bárbaros después, inauguraron una nueva era. Ya no podía decirse que la historia es la repetición eterna de los mismos errores y de los mismos crímenes. El error del paganismo cedía lugar á la verdad cristiana y la esclavitud del imperio á la li-

bertad de los Germanos. Hé aquí un nuevo campo de observaciones, suficientes ya para hacernos apereibir la marcha de las cosas humanas hácia un perfeccionamiento. La experiencia no es completa, pero lo que sabemos nos autoriza para afirmar que la naturaleza, que ha dotado á la humanidad con determinadas disposiciones, vela también por su desarrollo. ¿Cuál será el último término de este progreso? Una organización de la humanidad en armonía con la misión que la naturaleza ha dado al hombre.

¿Cómo debe entenderse esta naturaleza que da á la especie humana determinadas facultades y que le prescribe leyes que tienen por objeto desenvolverlas? No puede ser la que llamamos vulgarmente naturaleza, es decir, el mundo físico, porque la naturaleza de Kant obra con inteligencia, concibe un plan y lo sigue. El filósofo acabó por dar á la naturaleza el nombre que le conviene al pronunciar esta profunda frase: que la historia es la justificación de la Providencia. Luego ese plan de la naturaleza, al que concurre la humanidad, es un plan divino que preside á su educación. El que lo ha trazado es también el director que nos conduce al fin de nuestro destino. La historia concebida así deja de ser un espectáculo sin moralidad y sin objeto, propio para desesperar á los que tienen corazón y para confirmar á los egoístas ambiciosos en su convicción de que el mundo está creado para víctima del engaño. La historia se trueca en una glorificación de Dios. "¿De qué serviría, dice Kant, celebrar la magnificencia y la sabiduría de la creación en el reino de la naturaleza física, si la historia de la raza humana debiera estar condenada á ser una objeción eterna contra la Providencia? Si Dios no está en la historia, tampoco está en la naturaleza. ¿Qué es la naturaleza sino el teatro de la actividad humana? Pues ¿cómo ha de estar Dios en el mundo físico si no está en el mundo moral? Ó está en todas partes, ó no está en parte alguna. El hombre, desde que tiene conciencia de sí mismo, siente que Dios está en él y que él vive en Dios.

Hé aquí la última palabra de la filosofía confundiendo con la religión. Preguntaremos ahora: ¿cuál es la concepción más consoladora al mismo tiempo que la más verdadera? ¿La de *Su Majestad el Azar*, ó la de un *gobierno providencial*?